

RICHARD MILHOUS NIXON: UNA FICHA

HABRÍA que creer que un hada despechada asistió al bautizo del niño Nixon —que, por otra parte, no se bautizó: nació en la secta de los cuáqueros, el 9 de enero de 1913— y le hizo una maldición: «Lo tendrás todo, pero siempre serás un perdedor». Un perdedor, a lo ser. Mientras no haya algunos motivos más para creer en el destino y su invencibilidad, habrá que suponer que es el propio comportamiento de cada hombre, dentro de su contexto, el que determina su condición. Richard M. Nixon (M. de Milhous) ha sufrido toda su vida, mientras escalaba incesantemente todos los puestos de la nación y los perdía después de una manera irritante y continua. Su dimisión, después de dos años de verdadera peste, corona esta biografía.

Richard M. Nixon, hijo de un tendero de comestibles (le gustaría siempre recordar que sus orígenes eran humildes), nació en Yerba Linda, California. Hijo y nieto de cuáqueros, cuáquero él mismo, cumplidor estricto en sus primeros años, la secta le protegió. Le dio una beca para la Facultad de Derecho de Durham. Recién terminada su carrera, la guerra le movilizó y se lo llevó al Pacífico, de donde regresó con los galones de comandante de Marina. Le gustaba la política, le

gustaba el partido republicano —su ala conservadora, dentro de un partido conservador—, y un banquero cuáquero —la Sociedad de los Amigos estuvo siempre tras él— le ayudó. Llegó a la Cámara de Representantes a tiempo de afiliarse al incipiente y breve fascismo de McCarthy. Incluso le precedió. Miembro de la Comisión de actividades antiamericanas de la Cámara de Representantes, Nixon elaboró su plataforma sobre una acusación: la de Alger Hiss, diplomático, y comunista. Alger Hiss era un hombre conocido y estimado en Washington; fue acusado de «relaciones con el enemigo», examinado por el Congreso y prácticamente sobreesido por todos —congresistas, periodistas, sociedad— menos por uno. Menos por el joven Richard M. Nixon, que superó a los más cerrados anticomunistas del Comité y, como un perro de presa, persiguió a Hiss, le investigó punto por punto, y finalmente le hundió. Leyendo ahora las actas del proceso de Hiss y el ensañamiento del representante Nixon, puede casi prefigurarse la situación a que después el propio Nixon se ha visto sometido por el Congreso y por sus investigadores. Cuentan las crónicas que Nixon recibió las súplicas hasta de su propia madre para que dejara en paz a

Hiss. Y no la escuchó. «Estoy seguro de que Hiss miente», decía. Prácticamente, Nixon se había convertido entonces en un personaje un poco cómico, con su manía. Con su fanatismo. Pero finalmente resultó que Hiss mentía, que no había contado todo de su comunismo o de sus afinidades comunistas: Nixon tuvo razón, Hiss fue condenado y Nixon encontró el pedestal que necesitaba. En aquel agosto de 1948 tenía cumplidos treinta y cinco años y era ya un poco tarde para abrirse carrera. Sólo un «caso» podía hacerlo, y el de Hiss fue perfecto. Lanzado a la carrera, Nixon redactó un «Proyecto de ley de control del comunismo» y tuvo buena fortuna con él; fue incorporado a la Ley McCarran de seguridad interior. En 1950, era senador.

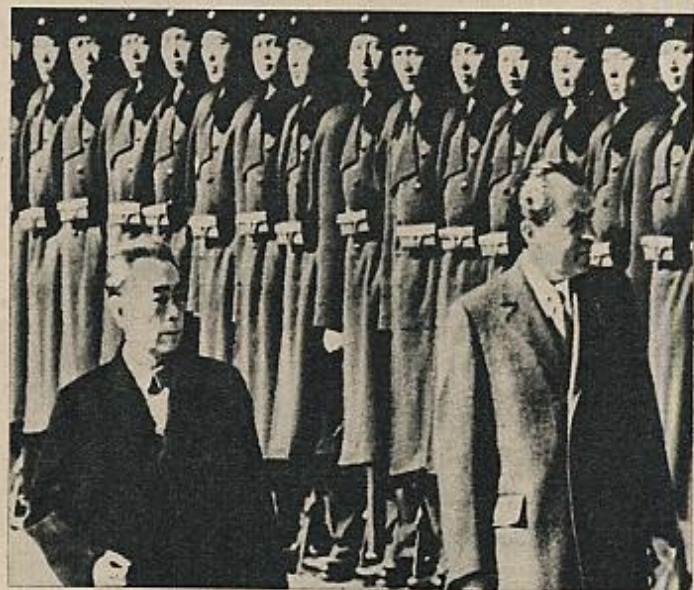
Y su anticomunismo, su conservadurismo, le llevó a la presidencia. Cuando su partido republicano se apoderó de la figura de Eisenhower para hacerle presidente (Eisenhower no pertenecía al partido, pero era un héroe de guerra: era el conquistador de Europa, y tenía la votación asegurada), se buscaba una figura que le equilibrase. Eisenhower tenía fama de bonachón, de campechano, de liberal. Los viejos republicanos podían temer que fuese demasiado liberal... La du-

reza conservadora de Nixon, su anticomunismo militante, podía dar al elector la balanza necesaria. Nixon fue designado para la vicepresidencia y la ganó con la candidatura de Eisenhower. El general no era hombre especialmente afín a la política. Su sutileza era escasa. Nixon ejerció realmente la presidencia, y gustó de ella por lo menos en tres ocasiones: en los tres ataques cardíacos que obligaron al presidente-general a reposar. Fuera de estos tres momentos estelares, Nixon tuvo que conformarse con el papel sordo y mudo de la vicepresidencia: si realmente gobernaba, nadie lo sabía. ¿Y de qué sirve gobernar si los demás no se enteran? Así pasaron ocho años: los ocho años de la guerra fría, los ocho años más duros del imperio americano contemporáneo. Para muchos, Nixon era el símbolo de esa dureza. Cuando intentó hacer una visita de amistad y buena voluntad por las repúblicas hispanoamericanas, la Marina tuvo que enviar rápidamente barcos de guerra para protegerle: los disturbios anti-Nixon, los tomates y los huevos podridos que le lanzaron, pudieron en algún momento llegar a ser origen de conflictos graves.

En 1962 terminaron los dos períodos presidenciales de Eisen-



Nixon en su época de vicepresidente, con Eisenhower, abrigo claro, y Foster Dulles, derecha. El personaje de la izquierda es el entonces secretario del Tesoro, G. Humphrey.



La campaña de Nixon se hizo sobre temas liberales: la paz en Vietnam, la coexistencia con la URSS y con China y la restauración de la unidad perdida en la sociedad americana. En la foto, el ex Presidente con Chou En Lai, en el aeropuerto de Pekín.



El hombre que había dicho que el comunismo era el mal absoluto, que tenía «un tremendamente maligno poder en el mundo», resultó convincente en 1968, cuando prometía hacer un mundo pacífico conversando con los comunistas.

hower, el partido republicano nombró a Nixon candidato a la presidencia. Pero se había terminado su tiempo, el tiempo de la guerra fría. Los demócratas presentaban a Kennedy, y Kennedy estaba ya ofreciendo coexistencia, democracia: liquidación de la guerra, riendas flojas en el interés del país. Nixon conservó sus esperanzas hasta el último momento, lo que hizo más espanto-

sa aún su derrota: Kennedy fue elegido por algo menos de 200.000 votos sobre Nixon. La elección más apretada de la historia de los Estados Unidos. Entonces, Nixon quiso ya conformarse con el puesto de gobernador del Estado de California: y volvió a perder las elecciones, aunque también por una mínima diferencia. Un candidato a la presidencia, un ex vicepresidente

que no consigue siquiera ser gobernador, es un hombre perdido. Y Richard M. Nixon tomó tal disgusto que renunció a la política: según él, para siempre. Fue entonces cuando John Kennedy escribió su epitafio político: «Se va como ha venido: sin clase». Así ha vuelto a irse en 1974.

Pero era evidente que Nixon, como el pez respecto al agua, no podía vivir sin política. Los acontecimientos que se desarrollaron en el país le impulsaron: Kennedy fue asesinado, le sucedió Johnson; Johnson fue reelegido contra el terrible ultra de la derecha Barry Goldwater. Nixon apoyó a Goldwater y de esa campaña sacó una enseñanza: el extremismo de derecha ya no era contable de votos. Si Nixon había perdido muy estrechamente frente a Kennedy, Goldwater sufrió una de las derrotas más grandes que se recuerdan. Y el propio Johnson, convertido a la derecha después de ganar, tenía que retirarse vergonzosamente sin reclamar el segundo mandato: el partido demócrata temía que por primera vez un presidente en ejercicio no fuese reelegido. Y presentó al modesto, vacío, sonriente liberal Humphrey. Nixon dio un gran salto electoral. Se preparó una campaña dentro de su partido; fuera de él, se presentó al pueblo como un hombre nuevo, y dejó correr la información de que había sido psicoanalizado y de aquel rabioso fanático de los años cincuenta no quedaba nada, a no ser una gran seguridad en sí mismo. La campaña de Nixon



Nixon bombardeó Hanoi, bloqueó Vietnam del Norte, lanzó guerras en el Oriente Medio y premeditó y cumplió la invasión de Camboya.

se hizo sobre temas liberales: la paz en el Vietnam, la coexistencia con la URSS y con China y la restauración de la unidad perdida en la sociedad americana. Nixon estaba muerto y resucitaba. Un creador de frases de su equipo inventó una del más claro gusto de los Estados Unidos: «La mayor resurrección después de la de Lázaro». No era una resurrección, naturalmente: era una piel de cordero sobre el viejo lobo. Una adaptación a los tiempos.

Consiguió el margen suficiente de credibilidad. El hombre que había dicho que el comunismo era el mal absoluto, que tenía «un tremendamente maligno poder en el mundo» y que decía que la política para los Estados Unidos y el mundo occidental consistía solamente «en una lectura política de la Biblia», resultó convincente en 1968 cuando prometía hacer un mundo pacífico conversando con los comunistas. Ganó sus elecciones; las volvió a ganar en 1972. Bombardeó Hanoi, bloqueó el Vietnam del Norte, lanzó guerras en Oriente Medio y premeditó y cumplió la invasión de Camboya; pero estas guerras que lanzaba iban seguidas de las paces reales o aparentes que tejía para él su Penélope Kissinger; y realmente aumentó los datos de coexistencia con la URSS y con China. Si metió dictaduras sangrientas en Grecia y en Chile, fue porque sabía que la URSS no iba a reaccionar.

Ganó, sí, las elecciones de 1972. Con trampa. ¿Las hubiera ganado sin ella? Probablemente, sí. Pero hubo trampa, y hubo engaño. Se descubrió un poco antes de la elección, y nadie prestó una atención demasiado grande. Pero Nixon estaba mintiendo. La colección de sus discursos, declaraciones y conferencias de prensa sobre el tema del Watergate son una inmensa vergüenza, desde sus declaraciones de indignada inocencia hasta la admisión de culpabilidad, hasta la confesión de la semana pasada, que precedió en tres días a su dimisión, al verse las contradicciones y las mentiras unas junto a otras. Ha perdido en el camino a su vicepresidente Agnew, acusado también de delitos comunes; ha perdido en la cárcel a dieciséis de sus cómplices...

Y su biografía no ha terminado. No está claro que con ella el Congreso termine el expediente de «impeachment», y la procese por los actos cometidos durante su presidencia; no está claro aún que la justicia ordinaria, ahora que es vulnerable, le juzgue y le condene.

Lo está esperando en San Clemente, en la casa que se mejoró con los dineros del partido y del Estado. Pero sus memorias, sus libros —que ya está, dicen, comenzando a redactar— pueden ser ahora una enorme fuente de ingresos. ■ J. A.